

**LA DIMENSIÓN SOCIAL DEL DUELO**  
**o del registro público de tramitación de la muerte**

**Elsa Blair**

**Socióloga, Ph. D en Sociología**

**Instituto de estudios regionales, Universidad de Antioquia**

Las siguientes notas sobre el duelo, más que una reflexión psicológica o psicoanalítica, son el resultado de reflexiones en el terreno de la sociología, la antropología y la historia. Con el título *La dimensión social del duelo o del registro público de tramitación de la muerte* queremos nombrar las preguntas que nos estamos haciendo sobre los procesos de elaboración de los duelos y sobre los mecanismos sociales a partir de los cuales hacerle frente a la muerte en sociedades atravesadas por la guerra y particularmente en una sociedad como la colombiana donde la muerte ya no es — en palabras del escritor Rafael H. Moreno Duran— "la obra de un solo personaje".

La ponencia consta de 4 puntos:

1) En primer lugar unas reflexiones teóricas sobre el duelo —esas sí más propias del psicoanálisis— en términos de una aproximación conceptual que nos permita precisar que estamos entendiendo por el duelo en este trabajo. Sin embargo pese a su inscripción en el saber psicoanalítico la aproximación que hacemos aquí se apoya, adicionalmente, en la antropología y en la historia. En efecto, la necesidad de elaboración de los duelos deja de ser un asunto meramente individual y en consecuencia del orden del psicoanálisis o incluso de la psiquiatra. Ella se inserta también en las sociedades y la antropología y la historia dan cuenta de esta necesidad.

2) En segundo lugar el trabajo mostrará algunos casos concretos de sociedades que han vivido en estos contextos de guerra y cuyas historias dejan ver la presencia de esas huellas

"traumáticas" y la necesidad de elaboración de los duelos. Con el título de *memorias "atrapadas" en la guerra*, buscamos ilustrar la presencia de esos traumas cuando ellos siguen sin encontrar mecanismos de elaboración y de simbolización: latinoamericanos unos, europeos otros, colombianos los demás dejando ver, además, que la guerra y la violencia, así como las situaciones traumáticas asociadas a ellas no son patrimonio exclusivo de los colombianos. Que el drama humano del dolor de la pérdida producida en este caso en contextos de guerra es un fenómeno social y político de una abrumadora actualidad en el mundo.

3) En tercer lugar desarrollaré unas reflexiones sobre la importancia del duelo ya no en el terreno psíquico individual sino también en lo social o, en otras palabras, sobre el duelo pensado no solo como proceso que se desarrolla en la psiquis de los individuos sino también y, con mucha fuerza, en la sociedad. La definición conceptual de la que partimos nos es muy útil en la medida en que parte del supuesto según el cual —y en esto nos apoyamos en el trabajo de dos psicoanalistas argentinas— el sujeto en proceso de duelo necesita de una inscripción pública, de un registro público del acontecimiento que produce la situación de duelo *como condición misma del proceso de elaboración subjetiva del mismo*. (Rousseaux, Santacruz, 2000)

4) El cuarto y último punto presentará algunas reflexiones teóricas en relación con el problema de la memoria y el olvido de estas situaciones traumáticas. Sin duda el desafío mayor que enfrentan estas sociedades en situaciones de guerra. Él implica la resolución de otros asuntos no siempre fáciles de resolver: el problema de la verdad, la justicia, el perdón, etc. Y tiene múltiples implicaciones en tanto esta memoria esta ligada no solamente al pasado sino también al futuro de la sociedad. La pregunta que se impone en el debate sería entonces si en vez del recordar y la memoria esas sociedades heridas tendrían necesidad mas bien de dar un paso hacia el perdón y hacia el olvido. La respuesta a esta pregunta es todavía incierta y por lo pronto queda abierta.

## **I. Una aproximación al problema del duelo: su conceptualización y su necesidad.**

*El duelo es una reacción afectiva que se produce ante la muerte de un ser querido, su pérdida real e incluye tanto el aspecto penoso del dolor y sus expresiones que surge del examen de realidad y que le permite al sujeto acceder a la certeza de la muerte, como los ritos funerarios, que son el modo en que lo público está presente en el duelo<sup>1</sup>.*

El mérito fundamental de esta definición —y es la razón por la cual nos va a servir de herramienta teórica para las reflexiones que vamos a iniciar— es que más allá de la elaboración psicoanalítica que por lo general se agota en la clínica, esto es, en los casos individuales, con esta definición sus autoras introducen un elemento para nosotros fundamental: ***la necesidad del registro público de un acontecimiento considerado tradicionalmente individual y privado.***

El análisis hecho por estas autoras se apoya en uno de los fenómenos más macabros que asumió la represión militar en la Argentina entre los años 70's y 80's: la práctica del desaparecimiento que dejaba sin inscripción posible en la realidad el fenómeno de las personas desaparecidas.

*La condición de desaparecido —dicen las autoras— los ubicaba en un espacio impreciso entre la vida y la muerte: ni vivos, ni muertos, desaparecidos. Lo que no solo negaba el acto criminal de la muerte, y retardaba o mejor dejaba en suspenso a las familias en su proceso de duelo sino que los sometía a “los efectos de la desestructuración que produce la abolición de todos los referentes simbólicos”<sup>2</sup>*

Además del psicoanálisis —suficientemente complejo para los no iniciados— la antropología en una de sus ramas del saber y que se conoce como *antropología de la muerte* pone en evidencia de nuevo la necesidad de los seres y las sociedades de toda una

---

<sup>1</sup> Fabiana Rousseaux y Lia Santacruz. *De la escena pública a la tramitación íntima del duelo*. Mimeo (cedido por las autoras para la investigación)

<sup>2</sup> Rousseaux y Santacruz. Op. Cit.

serie de rituales y de prácticas funerarias como mecanismo de elaboración del duelo. Uno de los autores más reconocidos en este terreno Louis Vincent Thomas nos muestra a través de la reflexión antropológica, como todas las culturas y civilizaciones han buscado y puesto en práctica diferentes formas de simbolización y de ritualización de la muerte<sup>3</sup>.

La costumbre de enterrar a los muertos y, en consecuencia, de utilizar para ello toda una serie de símbolos, cultos y ritos funerarios ha sido históricamente, como lo muestra la reflexión antropológica una práctica del hombre en todas las culturas. El rito funerario, responde a una exigencia universal y coincide con la aparición misma de la humanidad (Thomas, 1985). Como lo plantea Thomas para introducir la dimensión absolutamente humana de esta práctica, *el hombre es el único animal que entierra a sus muertos*. Rescatando este carácter universal del rito funerario señala como *no existe sociedad humana que no rodee a sus muertos de un ceremonial funerario por elemental que sea*.

Los ritos y prácticas funerarias constituyen sin duda, una forma —quizá privilegiada— de simbolización y/o elaboración de la muerte. Esta constatación de la importancia del rito funerario aparece en otros autores. Es el caso de Edgar Morin <sup>1</sup> quien señala que no existe ningún grupo humano por primitivo que sea que abandone a sus muertos sin ritos. Mientras las psicoanalistas argentinas señalan como la existencia del rito aparece como *una clara señal de humanización* (Rousseaux y Santacruz, 2000)

El culto a los muertos cumple importantes funciones sociales de solidaridad frente al duelo y de cohesión social de los sobrevivientes frente a sus muertos a través de la participación colectiva en rituales fúnebres dedicados a honrar su memoria. El cumple también funciones psicológicas de *tranquilización* frente a la ruptura definitiva y al dolor que implica la muerte de los seres queridos, encontrando en el culto a los difuntos no sólo la esperanza de

---

<sup>3</sup> Para una extensísima exposición sobre estos ritos y símbolos en la cultura. Ver: Louis Vincent Thomas *Antropología de la muerte* FCE. México 1975. *El cadáver* FCE México. *Rites de mort*. Paris Fayard 1985. ver también: Goody Jack. *L’homme, l’écriture et la mort*. entre otros.

<sup>1</sup> Edgar Morin. *L’homme et la mort*.

un reencuentro, sino un excelente mecanismo para mitigar el dolor a través del mantenimiento del vínculo con los que ya murieron<sup>2</sup>.

Entre las funciones y finalidades de los ritos funerarios están en su sentido manifiesto: hacerse cargo del muerto, dándole un lugar que sea benéfico para el grupo, y hacerse cargo de los sobrevivientes marcados por la pérdida movilizándolo a su alrededor a la comunidad y reglamentando el duelo. Pero en sentido latente el ritual no tiene en cuenta más que un sólo destinatario: *el hombre vivo* individuo o comunidad. Su función principal es la de curar o prevenir. Función que reviste en distintas sociedades distintas caras: desculpabilizar, reconfortar, revitalizar. Así el ritual de muerte sería en definitiva un ritual de vida (Thomas, 1985).

Los funerales son ante todo un ritual de despedida: liturgia por su comportamiento altamente simbólico, terapia por la *codificación del dolor* y reglas normativas cuya finalidad es preparar al muerto para su nuevo destino. En los funerales y por ellos, el muerto no termina de morir. Entonces los vivos ya no están enteramente del lado de la vida para que el difunto no este enteramente del lado de la muerte (Thomas, 1989)

Siguiendo a estos autores podemos decir que una de las razones -en el terreno simbólico- para enterrar a los muertos es que este hecho parece condición imprescindible para la aceptación de la pérdida, del dolor que la ausencia y la separación producen, esto es, del duelo. No hacerlo, por el contrario, inhibe los procesos de elaboración de esta(s) pérdida(s) y genera *traumatismos individuales y colectivos* que van a expresarse de múltiples (y no pocas veces perversas) maneras en el campo de lo social. Es en este sentido que cobra pertinencia la apreciación de Pilar Riaño cuando dice:

*"(...) El dolor individual y colectivo acerca de experiencias pasadas que no es "elaborado" termina manifestándose a través de pesadillas, desórdenes mentales, odios y actos de venganza (...). Así como la no elaboración del duelo a escala*

---

<sup>2</sup> Villa - Posse, Eugenia. *Muerte, cultos y cementerios*. Santa Fé de Bogotá, 1993. P. 87.

*individual puede tener repercusiones sociales, psicológicas y emocionales a nivel grupal las consecuencias pueden alimentar angustias, impotencia o rabias colectivas que al carecer de medios de expresión terminan canalizándose o en la memoria repetitiva y no procesada de la venganza, en la internalización del odio y/o en la construcción de ideologías del exterminio o en la autodestrucción"*<sup>3</sup>.

Con la modernización de las sociedades la importancia de la muerte se reduce. Ella se oculta, se vive en la intimidad de las familias, se silencia. Esto se incrementa en los últimos tiempos, ya que los presupuestos en los que se funda la sociedad contemporánea suponen un cambio de sentido con respecto al nexo vida-muerte. Con todo y pese a los cambios que han sufrido los rituales frente a la muerte en las sociedades contemporáneas, ellos no han desaparecido.

Por su parte Jean Hugues Déchaux<sup>4</sup> otro antropólogo francés y en una reflexión que tiene el mérito de ser bastante mas reciente de 1997, nos muestra como pese a innumerables transformaciones en las prácticas fúnebres en las sociedades contemporáneas y cualquiera sean sus variaciones en función de los contextos sociales y culturales el culto a los muertos es una especie de constante antropológica universal.

Este autor introduce en su reflexión algunos elementos nuevos y muy importantes a la reflexión en lo que hace a las prácticas funerarias y a su incidencia en el proceso de duelo. Señalemos tres: el lazo de filiación, el papel del cementerio como un lugar de memoria y la re-ritualización del culto a los muertos

1. El primero es lo que el llama el lazo de filiación. El recuerdo de los muertos esta ligado con el deseo de transmisión y traduce la manera con la cual los individuos se inscriben en el marco de pertenencia a una familia. La memoria familiar le sirve al sujeto para construirse una identidad y para conjurar la muerte. Ella le sirve para disipar la angustia de la muerte al

---

<sup>3</sup> Pilar Riaño. "La piel de la memoria. Barrio Antioquia : pasado, presente y futuro". En: *Nova & Vetera*. Nro. 36 . ESAP. Bogotá. 1999. P. 83.

<sup>4</sup> Jean Déchaux. *Le souvenirs des morts. Essai sur les liens de filiation*. PUF. Paris. 1997

permitirle inscribirse en una continuidad sin comienzo ni fin. La pertenencia provee al individuo de un sentimiento de continuidad que se apoya en el hecho de tener una historia y un anclaje que justifica su existencia: yo soy alguien, yo vengo de alguna parte, yo procedo de alguien, yo no estoy solo (Déchaux, 1997) Aunque no es la única referencia simbólica para conjurar la angustia de la muerte, ese lazo de filiación si constituye una referencia muy importante. La creencia en la permanencia y la continuidad de un grupo que dota al sujeto de un sostén existencial le permite enfrentar el vértigo de la individualización (Dechaux, 1997)

2. El segundo elemento que reviste una importancia capital en su análisis es el del cementerio como lugar del rito. El es considerado un lugar de memoria<sup>5</sup> lo que significa que es un lugar esencialmente simbólico (Déchaux, 1997). La memoria, señala Déchaux no es una entidad puramente espiritual. Su existencia no es solamente mental; ella tiene necesidad de soportes y de ser posible, materiales. Estos soportes facilitan el recuerdo y sirven para superar la contradicción entre el pasado y el presente. Con relación a los muertos el cementerio es ese soporte material de la memoria.

Todos sabemos de la importancia que la tumba tiene para las personas que han sufrido la muerte de sus seres queridos. Con ella y su culto se desata pues un complejo intercambio: con su cuidado ellas demuestran que no abandonan a los que están en el cementerio. Lo cual es también una manera de no abandonarse a sí mismos o de evitar ser abandonados en el futuro. Es, en última instancia, reconocer que el muerto sigue siendo parte de un entorno afectivo que lo reconoce como tal. Los ritos conmemorativos como el del culto a los muertos están destinados precisamente a sostener la terapia del recuerdo. Las tumbas tienen la función de simbolizar ese recuerdo.

---

<sup>5</sup> Recordemos lo que dice a este respecto dice la antropóloga colombiana, experta en el tema de la muerte Eugenia Villa – Posse: "Los comportamientos y actitudes en los cementerios ponen de presente cómo a pesar de la creencia en la existencia de un lugar más allá de esta vida donde están los muertos - lo cual prácticamente los saca de este mundo- las gentes sienten la presencia real de sus muertos en los sitios donde estos han sido enterrados". En: *Muerte cultos y cementerios*. Disloque Bogotá. 1993

El lenguaje de los ritos esta hecho no de formulas abstractas sino de acciones humanas cargadas de sentido. En el caso del culto a los muertos sus procedimientos y el orden secuencial en que se desarrolla<sup>6</sup> permiten esclarecer su universo simbólico. Dos puntos son importantes al respecto: el lugar donde se realiza (el cementerio) y el objeto que se manipula (las flores sobre las sepulturas). Con ambos se entra a lo que Déchaux llama el corazón del rito: la limpieza de la tumba, el deposito floral y el recogimiento. Cada circunstancia tiene una profunda significación y un sentido. Ella es expresión de sentimientos, creencias, recuerdos. Y es esta significación la que provee de eficacia simbólica al rito.

3. El tercer elemento que este autor introduce en su análisis ese si mas bastante mas novedoso en tanto consulta la situación actual de las sociedades europeas, concretamente Francia es el que tiene que ver con los procesos de *recuperación de la práctica ritual en sus componentes mas afectivos*.

En efecto la excesiva *medicalización de la muerte* sobretodo en las sociedades desarrolladas, los cuidados paliativos y demás han desatado en las sociedades europeas una serie de “efectos perversos” (R Boudon, 1970): duelos mal elaborados y dramas sin resolver por cuanto las personas no asumen ellas mismas los procesos de morir de sus seres queridos sino que dejan al moribundo en las manos de personal “capacitado y especializado” que, en la mayoría de los casos no tiene lazos de afectividad con él. Este proceso ha conducido al rescate - después de algunos años de excesiva medicalización de la muerte- de los ritos y la palabra para evitar esos “duelos patológicos”. Hoy en esas sociedades se admite que es preciso *hablar, ritualizar, romper con el silencio de la muerte*. Las sociedades le apuestan hoy a la búsqueda de una *re-ritualización de la muerte*. La pregunta que hoy se están haciendo los expertos en este terreno es la *de cómo re-introducir la muerte y el duelo en la escena social*<sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup> La limpieza de la tumba, el deposito floral y el recogimiento son la secuencia que constituye el corazón del rito. Ver al respecto Jean Dechaux. Les souvenirs de morts.....Op. cit P. 64 y siguientes

<sup>7</sup> Jean Hugues Déchaux, Michel Hanus y Frédéric Jésus. ¿Comment les familles entourent ses morts ? In: *ESPRIT* 247. París. 1998.



El culto a los muertos responde, pues, a la necesidad de contener el caos que surgiría si *las relaciones entre los vivos y el muerto no fueran organizadas y simbolizadas* (Thomas, 1985). El es el mecanismo por excelencia para enfrentar las experiencias traumáticas ligadas a la muerte. Aun cuando la literatura al respecto es extensísima estas notas pretenden mostrar la importancia de los ritos y las prácticas funerarias y su incidencia en el proceso de elaboración del duelo. Esto es, la perspectiva antropológica que con relación a la muerte permite *“reinstalar el sufrimiento de los otros en la esfera pública”*.

Ahora bien dada la importancia de la elaboración de los duelos en los seres humanos la pregunta que se impone es ¿cómo asumirlo cuando la muerte es un fenómeno masivo y cotidiano ? ¿cuándo su dimensión no puede ser más que social?

## **II. Memorias "atrapadas" en la guerra.**

La reflexión sobre la guerra en términos ya no políticos ni militares sino de elaboración de heridas abiertas o, mas concretamente, del qué hacer ante y con las víctimas de situaciones traumáticas de guerra se puso sobre el tapete en América Latina en los años 80's con el tránsito entre las dictaduras militares y los gobiernos democráticos. En efecto, las dictaduras habían dejado algo mas que desolación, muerte y dolor; dejaron muchas heridas abiertas. Los gobiernos civiles tenían al frente no sólo la tarea de recuperar una legitimidad política sino también de resolver un drama moral de inmensas proporciones: los asesinatos, las muertes selectivas, las desapariciones alcanzaron cifras alarmantes y con ellas las sociedades se enfrentaban al desafío de qué hacer frente al dolor producido con tanta muerte.

Aunque en esa época las dictaduras se produjeron en varios países latinoamericanos los dos casos mas reconocidos fueron sin duda Argentina y Chile. En Argentina la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), dio cuenta en su informe final de la desaparición de 8.960 personas según denuncias debidamente documentadas y

comprobadas (...)<sup>8</sup>. En cuanto a Chile el régimen del general Pinochet gestado en un golpe de estado el 11 de septiembre de 1973 ha significado para los chilenos una de las épocas mas dolorosas de su historia. Los militares chilenos desataron una acción represiva sin precedentes en el país. Las comisiones de la verdad y las "mesas de diálogo" creadas poco después de restaurado el régimen civil se dedicaron a la búsqueda y al registro – nada amable- de las personas muertas, desaparecidas, secuestradas, víctimas de violaciones a los derechos humanos que se contaban por miles en el período comprendido entre 1973 y el retorno de la democracia en 1990. Ellos intentaban resarcir a las familias de las pérdidas y ayudarlas a elaborar los innumerables duelos. Con el regreso de la democracia se sucedieron innumerables esfuerzos en ambas sociedades por recuperar si no a los muertos, al menos su memoria. Organizaciones como la CONADEP (comisión Nacional sobre la desaparición de personas) y como la organización H.I.J.O.S. (Hijos por la Identidad y la Justicia contra el olvido y el silencio) fueron algunas de las que ganaron mayor reconocimiento en la Argentina. En Chile, por su parte, lo fueron la Comisión Nacional de la Verdad y la Reconciliación y la Vicaría de la Solidaridad (entidad del arzobispado chileno de la iglesia católica).

La solidaridad latinoamericana con los chilenos volvió a primer plano con la reciente captura del general Pinochet en Londres y el debate mundial por su detención y su juicio en cortes internacionales que recordó ese periodo aciago de la historia de Chile. El mundo volvió a "abrir" esa herida que aún no sana en las mentes de al menos una parte del pueblo chileno.

Con relación al caso Argentino y sin detenerme en una situación sobre la que se ha escrito mucho y se conoce en Colombia solo mencionaré que todavía hoy la sociedad Argentina no logra saldar cuentas con ese pasado violento. En un seminario realizado en Medellín hace apenas dos meses el antropólogo argentino Alejandro Grimson hablando de la rememoración de la violencia en los años de la dictadura y de la represión militar entre

---

<sup>8</sup> Iván Cepeda Castro y Claudia Girón Ortiz *Olvido o Memoria en las Condiciones de Solución de Conflictos Internos*. En: Impunidad y Verdad. Serie III. KO'AGA ROÑE'ETA se.iii (1997) - <http://www.derechos.org/koaga/iii/cepeda.html>

1976-1986, señalaba como su trabajo al rescatar del olvido a las víctimas de la represión producía en la sociedad argentina lo que el llamaba secreciones: Pesadas cargas, decía el, *aliviadas a través de compartir la historia con otros*<sup>9</sup>.

Pero el problema de la pérdida y el dolor, el fenómeno de las víctimas del horror no fue solo latinoamericano. Cincuenta años después de terminada la II guerra mundial algunos países en Europa -particularmente Alemania- se están enfrentando todavía hoy a procesos de elaboración de esas memorias atrapadas en esos años de dolor y de muerte. En los últimos años, desde más o menos 1995 la sociedad alemana intenta con técnicas de memoria oral y a través del trabajo de historiadores y antropólogos recuperar estas experiencias en la memoria de las víctimas de la guerra<sup>10</sup>. Oigamos lo que dice uno de estos analistas al recordar el holocausto con una de las sobrevivientes de los campos nazis asistiendo a una conmemoración histórica que se hizo en Roma a través de la construcción de un monumento de homenaje a las víctimas.

*"Hicieron falta 40 años, un gobierno de izquierda y la iniciativa de la comunidad judía para que la ciudad de Roma cumpliera con ese acto de memoria"*<sup>11</sup>.

Pero no fue solo el holocausto nazi. Como lo señalaba recientemente una publicación de la UNESCO<sup>12</sup> una mirada sobre las atrocidades cometidas en el mundo en la segunda mitad del siglo XX obliga a transitar por diferentes lugares del planeta: Sudáfrica, Camboya, Rusia, Guatemala, Ruanda. Sociedades que se han enfrentado a desafíos muy serios frente al problema del dolor y la pérdida en contextos de guerra. Y que se enfrentan todavía hoy

---

<sup>9</sup> Alejandro Grimson

<sup>10</sup> Hay otra razón para indagar en la memoria de las víctimas de fenómenos sociales y políticos como los que hemos visto, que sería mas de orden instrumental –si así pudiera decirse- pero muy importante con respecto a la memoria colectiva. La necesidad de entrevistar a las víctimas del holocausto nazi se ha enfrentado a la “realidad” de que la historia alemana necesita reconstruir su memoria histórica sobre la base del conocimiento del holocausto y sobre todo a partir de los testimonios de sus víctimas antes de que desaparezcan. Hay una preocupación en los historiadores [alemanes] frente al hecho de ver desaparecer sin interrogarlos a los pocos sobrevivientes que aun viven para ayudar a conocer un periodo de su historia aun bastante desconocido.

<sup>11</sup> Alessandro Portelli. No se ha presentado nadie. Los dos días de los deportados judíos romanos en el colegio militar de Piazza della Rovere. En: *Historia, Antropología y Fuentes Orales*. No. 24. Barcelona 2000

<sup>12</sup> El correo de la UNESCO. Vol 52. Nro.12. Paris. 1999.

a grandes desafíos frente a la necesidad de encontrar mecanismos a partir de los cuales poder enfrentar el problema de la reconciliación al interior de sus sociedades. En los últimos años la conflictividad en el mundo cambia un poco de escenario: África (además de Ruanda, Sierra Leona y Argelia) Europa Oriental (la exyugoslavia: Bosnia, Croacia, Sarajevo). Otro escenario pero el mismo drama humano del dolor de la pérdida. Innumerables muertes y heridas que, sin duda, quedarán en la memoria de esos pueblos como el caso de los latinoamericanos y de Europa, aún después de 50 años.

Parecería que esas son otras y lejanas realidades. Pero como lo señala el historiador canadiense Michael Ignatieff aunque la preocupación por los "otros" tan ajenos a nuestros intereses es un fenómeno de invención reciente hay sin embargo necesidad y obligación moral de ver mas allá de nuestra tribu, de nuestro país, de nuestra familia<sup>13</sup>. Si esta razón no fuera suficiente bastaría agregarle que esos dolores ajenos se hacen nuestros y debemos pensar en la mejor manera de enfrentarlos. Colombia -todos lo sabemos- asiste a una situación caótica de experiencias traumáticas de guerra y lo que esta quedando en todos los rincones del país mas allá del reguero de cadáveres es no solo el "horror" visible en las imágenes desgarradoras de la guerra, sino los "horrores" invisibles de los traumas acumulados, las experiencias traumáticas que otra vez ponen de presente la necesidad de elaboración de esas experiencias de dolor y de pérdida y la necesidad también de enfrentarse al problema de la reparación moral de las víctimas y de la reconciliación de la sociedad.

### **La situación en Colombia.**

Interrogando esta inscripción particular del dolor en el caso colombiano —después de dos décadas de otro período agudo de violencia y de guerra— los análisis aunque pocos en este terreno nos muestran como lo que hay en amplios sectores de la población es una profunda herida y una necesidad más profunda aún de elaboración de esos duelos. Pilar Riaño, por ejemplo, en sus trabajos sobre jóvenes se interroga por las identidades juveniles

---

<sup>13</sup> Michael Ignatieff. *El honor del guerrero Guerra étnica y conciencia moderna*. Taurus. Santillana Madrid. 1999.

atravesadas por la muerte y deja ver en todos los testimonios esa necesidad de elaboración de esas pérdidas. Lo que le permite sostener que:

*“...las heridas y marcas que la violencia y la muerte han dejado en la comunidad no han tenido espacios para su elaboración o procesamiento (...) [Medellín] es una ciudad donde la memoria se reverencia, donde las pérdidas también son parte de la historia colectiva, donde la necesidad de elaborar los duelos se hace una tarea urgente”<sup>14</sup>*

La investigación reciente sobre la muerte violenta -que acabamos de terminar- apuntaba a interrogar mas allá del reguero de cadáveres y de la contabilidad de los muertos por violencia algunos aspectos en relación con los componentes simbólicos de ese acto violento y con las posibilidades o no de elaboración simbólica de esas muertes. Una de las posibilidades de simbolización -que es la que nos interesa interrogar hoy aquí- es la de los procesos de elaboración del duelo sobre todo en su *dimensión social* en la medida en que, como lo señalamos al principio, la muerte en Colombia no es ya una muerte natural, ni única. Es, por el contrario, violenta y en exceso<sup>15</sup>.

De esa investigación podemos concluir algunas cosas. En un capítulo que titulamos *la escenificación de la muerte* quisimos identificar y contextualizar las diferentes formas de ejecución de la muerte violenta en el país<sup>16</sup>. Tomando como base esa contextualización y

---

<sup>14</sup> Pilar Riaño. *La piel de la memoria*. En : Nova & Vetera Op. Cit. P. 84-85.

<sup>15</sup> Las preguntas que nos estuvimos haciendo durante todo el tiempo de la investigación y sabiendo de la importancia de elaboración de los duelos eran, mas o menos, de este tono: cuáles eran los mecanismos a través de los cuales la sociedad y los sujetos que la habitan estaban elaborando ese exceso de muerte? Tramitando su dolor ? cómo ? de qué manera ? a partir de qué procesos ? Todas ellas apuntaban a esclarecer una pregunta mucho mas de fondo: la que se interrogaba por la posibilidad o no de elaboración de los duelos cuando se trataba de una muerte violenta. Y en caso de una respuesta negativa en este sentido cuáles eran los efectos sociales de esa no elaboración ? Qué era lo que a diferencia de la muerte natural podía incidir en la escasa capacidad “tranquilizadora” o simbólica del duelo normal ? o en la franca imposibilidad de elaborar el duelo ? Cómo y en qué medida esas formas de simbolización de la muerte que encontramos representaban una elaboración acabada y con la suficiente “eficacia simbólica” para alcanzar a tramitar ese dolor ?

<sup>16</sup> Lo que se hizo en ese capítulo fue contextualizar los escenarios donde esas muertes violentas se producen: por ejemplo la masacre es característica del conflicto político armado, se hace fundamentalmente en zona rurales contra campesinos; a la violencia juvenil es la violencia urbana la que le sirve de base, etc.

poniéndola en relación con los procesos y/o las formas simbólicas que —según la literatura principalmente antropológica— supone el proceso de elaboración del duelo podemos decir que:

a) algunas de estas formas de ejecución de la muerte como la que se produce en la masacre por ejemplo, dificultan un proceso de elaboración simbólica del duelo desde el acto mismo, desde su ejecución por varias razones.

1. En primer lugar porque en muchos de los casos en los cuales una masacre se sucede ella es acompañada del descuartizamiento de los cuerpos. En el sentido del duelo ella no deja ni siquiera un cuerpo para sepultar. Sin cuerpo no hay tumba y como lo señalábamos al principio el lugar del culto como lugar de memoria le da la condición de posibilidad al duelo.
2. En segundo lugar, en otras ocasiones lo que se produce con la masacre no es exactamente el descuartizamiento de los cuerpos sino la fuga inmediata de la población que sobrevive al acto. Esto genera entonces la presencia de múltiples cuerpos insepultos que dan cuenta de la ausencia de un "lugar" (físico) y la ausencia de un funeral como condiciones que posibilitan la evocación y tramitación de los duelos.
3. En el caso afortunado de poder enterrar a sus muertos, su sepultura queda abandonada ante la huida y el lugar del duelo se reduce a una especie de “no-lugar”<sup>17</sup>, es decir, tampoco hay un “lugar simbólico” donde sea posible la práctica del recuerdo por la imposibilidad de regresar a hacer presencia ante esa tumba.

b) otro caso de imposibilidad de simbolización de la muerte —aunque ya ha sido retomado en otros contextos— se da en el caso de la muerte en combate. Por las características de

---

<sup>17</sup> La expresión del *No lugar* es del antropólogo francés Marc Augé quien lo usa para nombrar esos lugares del anonimato. Ver: *Los no lugares: lugares del anonimato*. Gedisa. 1997

este último, los cuerpos no siempre son recogidos por los compañeros del propio bando y se produce mas bien en los campos de batalla una serie interminable de cuerpos insepultos con enormes repercusiones en los procesos de elaboración de los duelos. Para ilustrarlo basten estos dos testimonios:

*“Llego el viernes y ni el ejército ni la cruz roja habían podido ingresar a la zona a recuperar el primer cadáver. La selva era un cementerio con muertos pero sin tumbas. Los cuerpos permanecían entre la maleza y la manigua amenazaba devorarlos”*<sup>18</sup>

*“A su lado reposaban dos bolsas negras (.....) Eran dos soldados que habían sido rescatados de las manos de la manigua (...) entre los árboles se escondía una tumba a medio tapar. De la tierra brotaban el seno y media cara de una guerrillera que no pasaba de los 16 años”*<sup>19</sup>.

c) Otro caso que imposibilita la elaboración del duelo desde el acto mismo es el de la desaparición. Como ya lo vimos en el caso argentino la inexistencia de un cuerpo para sepultar y, adicionalmente, su condición que sitúa al doliente en un lugar incierto de ni vivo- ni muerto dejando en suspenso el momento del duelo<sup>20</sup>. El caso de Colombia es también significativo en este sentido. En el desaparecido se concentran tres ausencias muy significativas en relación al duelo: la falta de un cuerpo, la falta de un momento del duelo y la ausencia de una sepultura (Da Silva, 2000). Es muy elocuente el simbolismo que encierra el uso de las fotos en el caso de los desaparecidos. La foto se opone, en efecto, a la categoría de desaparecido en el sentido que le devuelve al sujeto una identidad: un nombre, un rostro, un gesto. Lo Corporiza (Da Silva, 2000). También en este caso cobran

---

<sup>18</sup> Claudia Delgado Aguacía. *Aplicación de la Antropología forense dentro del Derecho Internacional Humanitario*. En. Nova & Vetera Nro. 39. Bogotá. ESAP. P. 58- 77

<sup>19</sup> Tomado de Alirio Bustos. *La ley del monte*. Intermedio editores. Bogotá. 1999.

<sup>20</sup> Aquí vale la pena mencionar que esta tesis ha sido controvertida por otros autores que piensan que no es necesaria la presencia del cuerpo muerto para una efectiva elaboración del duelo. Mis lecturas sin embargo no me permiten llegar a esa conclusión. Ver por ejemplo lo que plantea Ludmila da Silva en el artículo ya citado “ Sin cuerpo, sin tumba.....”.P. 98.

particular importancia los homenajes y los lugares (de reemplazo: sitios de reunión y evocación) para recordarlos.

Esas muertes y esos duelos inconclusos que acabamos de mencionar están en el ámbito de las muertes violentas producidas por el conflicto político armado. Hay sin embargo algunas otras muertes violentas no atribuibles al conflicto político que se ubican más en el campo de “lo social” y que también presentan problemas con respecto a los procesos de elaboración y/o simbolización de los duelos.

a) El primero de estos casos es el que para efectos del análisis en la investigación llamamos las *muertes anónimas*. Con esta categoría aludíamos a esa gran cantidad de muertes donde no es posible identificar los orígenes, las identidades, los móviles del acto violento que se producen en el país sin saber siquiera de quién se trata. Algunos de estos muertos son registrados como NN y otros no tienen ni siquiera registro. Cuerpos introducidos en fosas comunes negándole a ese(os) cuerpo(s) toda historia, toda memoria, todo significado. Qué tumba construir ? Dónde ? Con qué nombre? cómo elaborar esas pérdidas? El anonimato de los muertos (su no identificación) niega el acto mismo de recordar y reduce totalmente los alcances simbólicos del duelo, su eficacia simbólica. La mejor expresión de este proceso es una tumba sin nombre. Y el nombre propio —como alguna vez lo dijera Goethe— es un traje que perfectamente ajustado nos cubre como la piel y que no podemos rasgar, ni maltratar sin herirnos<sup>21</sup>.

b) A estas muertes anónimas se le suma otro anonimato que constituye otra característica de la muerte violenta en el país. En efecto, una de las condiciones que más parece imposibilitar el duelo es la del desconocimiento absoluto de las causas o de las circunstancias en que la muerte se produjo<sup>22</sup>. Este vacío produce en los seres vivos esa

---

<sup>21</sup> Goethe citado por Juan Molina y Molina *La hipérbole de la hipérbole*. En: Magazín Dominical. EL ESPECTADOR. Nro. 805. Bogotá. 1998.

<sup>22</sup> En un estudio reciente en la ciudad de Bogotá de Oscar Useche se daban cifras del 47 % de casos sin conocer las razones en las cuales las muertes se produjeron. Ver: “Coordenadas para trazar un mapa de la violencia urbana en Colombia”. En Nova & Vetera, Nro.36. ESAP. Agosto - Septiembre de 1999. Bogotá.



imposibilidad y ese vacío es *resignificado* desde una ausencia imposible de llenar creando lo que las dos psicoanalistas argentinas han denominado un “agujero en la existencia” (Rousseaux y Santacruz, 2000). Este anonimato puede equipararse a lo que otra analista del caso argentino llamó una nueva figura: la de la privación de la muerte (Da Silva, 2000).

Desde esta perspectiva desde la cual se esta produciendo la muerte en el país y que dadas sus circunstancias parece no lograr efectivos y eficaces procesos de simbolización somos una sociedad -como alguna vez lo señalo Luis Carlos Restrepo- enfrentada a la presencia de innumerables muertos algunos de ellos formalmente enterrados pero realmente insepultos<sup>23</sup>. Pese a estas condiciones los colombianos no sabemos o no hemos querido encontrar los mecanismos capaces de ayudarnos a elaborar y simbolizar el dolor.

Como lo planteaban dos analistas colombianos en un trabajo reciente:

*"[en Colombia].... destruyen y aniquilan el poder judicial, desaparecen a más de un centenar de personas en el que se ha denominado el Holocausto del Palacio de Justicia y la misma noche de la tragedia se continua celebrando en Cartagena, sin variaciones en el programa, el Reinado Nacional de la Belleza; asesinan al líder democrático liberal Luis Carlos Galán y misma noche, sin alteraciones, se juega el partido de fútbol correspondiente del calendario del Campeonato Nacional; asesinan al futbolista Andrés Escobar y la práctica de este deporte continua sin cambios, sin ningún signo visible que recuerde este hecho monstruoso; en una palabra, ocurren los episodios cruentos de esta guerra política y social sin que la rutina cotidiana y sus actos se transformen, sin que se produzca siquiera la más leve modificación. Sabemos –continúan los autores- que el deporte y la diversión son componentes indispensables de la multiplicidad de aspectos que conforman lo humano, pero cuando estos elementos son conjugados indiscriminadamente con la*

---

<sup>23</sup> Luis Carlos Restrepo. Prólogo al libro de Oscar Mejía Rivera. La muerte y sus símbolos. Op. Cit.

*tragedia y los horrores de la guerra juegan un papel trivializador y sirven de aislante emocional que impide la realización del duelo"*<sup>24</sup>

Por todo lo anterior creemos que en la Colombia de hoy somos una sociedad que ha sido incapaz de reconocer el dolor, para poder elaborarlo. Nosotros [los colombianos] decía Beatriz Restrepo<sup>25</sup> no hemos comprendido *la fuerza política de la memoria del sufrimiento*, hemos desperdiciado su potencial al reducir al ámbito de lo privado - del duelo personal- lo que debiera ser piedra de escándalo colectivo – y de duelo público. Hemos sido avaros en símbolos de vida colectiva para conjurar y derrotar el olvido. Somos una sociedad enfrentada a la presencia de innumerables *duelos arrebatados e inconclusos y habitada por el olvido mas que por la memoria*. Y, probablemente sea cierto que en el duelo nunca efectuado, se encuentra uno de los factores más favorables para la prolongación indefinida de la violencia (Cepeda y Girón,1997).

Esta constatación de tanto dolor y tanta muerte en diferentes sociedades atravesadas por la guerra nos lleva a la tercera pregunta: Cómo resolver el problema del duelo a nivel social ? cómo elaborar el duelo cuando la presencia de la muerte es masiva en la sociedad ?

### **III La dimensión social del duelo o del registro público de tramitación de la muerte.**

Para iniciar este apartado retomaremos la segunda parte de la definición sobre el duelo dada por las dos psicoanalistas argentinas ya mencionadas. Aquella que tiene que ver con su dimensión pública. Dicen las autoras:

---

<sup>24</sup> Iván Cepeda Castro Y Claudia Girón Ortiz. Olvido.....Op. Cit Ver también Jesús Martín Barbero quien analizando los medios de comunicación. Dice: "...todo acabo siendo igual la masacre de Mitú y el vestido que le hizo Barraza a la reina" En: *Medios: olvidos y desmemorias debilitan el pasado y diluyen las necesidades de futuro*. En Internet: [www.etcetera.com.mx/pag54ne6.asp](http://www.etcetera.com.mx/pag54ne6.asp). Abril 2001.

<sup>25</sup> Beatriz Restrepo. Justicia a los muertos o un alegato a favor del recuerdo moral. En EL COLOMBIANO. Medellín 26 de noviembre de 2000.

*El duelo es una reacción afectiva que se produce ante la muerte de un ser querido (...). pero también [y aquí nos interesa es esta segunda parte de su definición] los ritos funerarios, que son el modo que lo público esta presente en el duelo<sup>26</sup>.*

Esta parte de la definición nos es muy importante para mostrar como esa ***inscripción pública es condición misma del proceso de elaboración subjetiva del duelo***. Y como sin ese referente simbólico de lo público el sujeto individualmente considerado no logra efectivos procesos de elaboración<sup>27</sup>. El trabajo de elaboración del duelo requiere, pues, de una *nominación* que es un acto simbólico, un acto de nombramiento que instaura un sentido (Rousseaux Y Santacruz, 2000) permitiendo así un registro colectivo de representación y tramitación del dolor. Es esta conceptualización sobre el duelo –que ya no se agota en lo individual- la que nos permite introducir la dimensión social del duelo o *el registro público de tramitación de la muerte*.

Esta dimensión pública del duelo es, a su vez, el puente que nos permite unir las experiencias individuales de dolor (que transitan por la psiquis del(os) individuo(s)) con el duelo social. Recordemos que el duelo es (...) un proceso que tiene lugar en la esfera de lo individual pero además en lo social y cultural. Y que a través de rituales (religiosos, familiares) de eventos colectivos (marchas, funerales) de espacios lúdicos (fiestas, carnavales) o de conmemoraciones (monumentos) los grupos humanos enfrentan sus experiencias dolorosas y resignifican sus vivencias de pérdida y trauma (Riaño, 1999)

Partiendo de estas definiciones pero para hacer elaboraciones a partir de la sociedad (o del duelo en su dimensión social) vamos a iniciar la reflexión a partir de tres de preguntas del historiador y escritor canadiense, Michael Ignatieff:

- Tienen las naciones una psiquis como los individuos ?

---

<sup>26</sup> Fabiana Rousseaux y Lia Santacruz. *De la escena pública*, OP. Cit.

<sup>27</sup> Esa inscripción pública del duelo fue en el caso argentino –como lo ilustran las autoras- concretada en los ritos, en las rondas de las madres de la plaza de mayo, en la prescripción jurídica de aceptación de la categoría de “desaparecido” (cuando se sanciona la ley de desaparecimiento) que no es más que la sanción legal (léase: el reconocimiento social) de esa condición<sup>27</sup>, los homenajes, las placas recordatorias, los reclamos de justicia.

- Enferma a los pueblos su pasado nacional como sabemos que enferma a las personas los recuerdos reprimidos ?
- Qué significa ajustar las cuentas con el pasado en el caso de una nación ?

Con estas preguntas en la mente, el escritor canadiense recorre la exyugoslavia (Serbia, Bosnia, Croacia); recorre el África (Ruanda, Burundi, Angola) y finalmente Afganistán. Sociedades en guerra para traernos unas reflexiones que cobran una abrumadora actualidad en las sociedades contemporáneas. Intentando abordar estas experiencias traumáticas desde la posibilidad de su elaboración el autor retoma a Freud en su apreciación sobre el trauma y su elaboración frente al cual "se trata de reunir la psique y el soma que han quedado divididos por el trauma"<sup>28</sup>.

*"(...) pero dominar el trauma no consiste en juntar cuerpo y mente en un mero acto de aceptación voluntaria, sino también recobrar la sensación de que el pasado ha quedado atrás tanto para el uno como para la otra, lo que significa arrancar el pasado del presente, sustituir la simultaneidad psicológica por una secuencia lineal, ir desalojando poco a poco el lastre del agravio y el resentimiento que **nos mantiene apegados a un ayer interminable.**"<sup>29</sup>*

Todas esas experiencias de sociedades en guerra son el material empírico que le permite al autor introducir algunas reflexiones. La más importante tiene que ver con el problema de la verdad y la justicia. A juzgar por las acciones de las "comisiones de la verdad" creadas para tal efecto (cuyos resultados también nutren la reflexiones de Ignatieff) hay, en principio, fe en las virtudes curativas de la verdad. Sin embargo con aciertos en algunos países mas que en otros ninguna de estas experiencias ha sido fácil. Esta verdad ha puesto numerosos problemas en muchos países. El principal es quizá que si bien la justicia parece la condición necesaria al dolor y al sufrimiento que estas sociedades han vivido, no siempre es claro cuánta verdad puedan soportar las sociedades en esta búsqueda de justicia.

---

<sup>28</sup> Freud. S. Citado por Ignatieff Op. Cit. P. 161

<sup>29</sup> Ibid. P. 161.

Cuánta verdad pueda facilitar o no la reconciliación al interior de los países y de las sociedades. En efecto, nada asegura que la justicia facilite la reconciliación. Qué hacer por ejemplo, frente a una sobredosis de verdad ? (Ignatieff, 1999)

Los resultados de algunas de estas experiencias han sido cuando menos ambiguos. Ellas han puesto en evidencia que hay por lo menos dos verdades, una factual y otra moral. La primera alude a los hechos: la verdad de lo que ocurrió y la segunda, la moral, la verdad sobre el por qué y a causa de quién. Para ilustrar esta ambigüedad Ignatieff señala el caso de Chile debatiéndose entre el juicio a los militares corriendo el riesgo de un nuevo golpe militar y/o el olvido para fortalecer la nueva democracia que llegaba. Y en contraposición Suráfrica donde al parecer les bastaba con el esclarecimiento de los hechos *sin justicia a los responsables y sin venganza sobre los culpables*, esto es, una sociedad reconciliada al parecer con la primera de las dos verdades. Quizá tenga razón este autor cuando sostiene que la solución pasa en todo caso por individualizar la culpa y no por aplicar una culpa colectiva a las Naciones: castigar a los culpables y no al pueblo al que pertenecen.

Las sociedades y las naciones no son como las personas pero sus dirigentes pueden influir en ese proceso misterioso que lleva a los individuos a saldar cuentas con un pasado colectivo doloroso. Negar a los muertos es convertirlos en un sueño, en una pesadilla. Sin reconocimiento de los hechos, sin apología, el pasado nunca vuelve a su puesto y los muertos acechan como los fantasmas (Ignatieff, 1999).

Las naciones no se reconcilian como las personas. Admitiendo que no es igual "elaborar los duelos" en el caso de los individuos o de las naciones estas últimas tienen sin embargo una vida y un discurso públicos y el ajuste de los individuos puede verse decisivamente influido por el análisis del pasado que hacen -precisamente en público- sus dirigentes, sus escritores o sus periodistas. Es este registro público oficial y asumido por las autoridades políticas o por sus "portavoces" los que puestos en la escena pública ayudan a los dolientes a la elaboración subjetiva (individual y privada) del duelo. Un ejemplo fue el reconocimiento de la categoría de desaparecidos en la legislación Argentina.

En este marco de registros públicos del dolor, Alemania ha tenido necesidad de millones de visitas a los antiguos campos de concentración, de millones de publicaciones, de películas como *Holocausto* para provocar un ajuste de cuentas entre generaciones que aún no ha terminado (Ignatieff, 1999). Ese *ajuste de cuentas solo se produce cuando existe un discurso público que lo fomenta*: conmemoraciones públicas, gestos públicos de reparación, un lenguaje de conmemoraciones. Esto que parece tan simbólico (en el sentido de lo poco real y poco eficaz) es sin embargo una posibilidad de sanar heridas y elaborar los duelos colectivos. Esta es la labor que de alguna manera han venido haciendo los comités de investigación en quienes recayó la producción de una verdad pública y la reelaboración de un discurso público.

Que las sociedades sanan sus heridas en rituales colectivos de expiación basten dos ejemplos que trae Ignatieff para ilustrarlo: el presidente chileno Patricio Alwyn pide perdón en la televisión a las víctimas de Pinochet y purifica simbólicamente al Estado chileno de su identificación con los crímenes. Igualmente el canciller Willy Brandt produjo en Alemania en su momento la misma catarsis al arrodillarse en un campo de concentración e identificar al estado alemán con un proceso de reparación pública.

En el caso de Pinochet para la sociedad chilena la historia tiene la palabra pero la posibilidad de sanar heridas tiene en la aplicación de la justicia y en la posibilidad de aplicación de la pena ese registro público que permitiría a los chilenos efectivos procesos de tramitación del dolor. Ella es —a mi modo de ver— una posibilidad que la sociedad chilena no puede darse el lujo de despreciar.

Argentina pese a ser una de las sociedades latinoamericanas que se ha pronunciado mas colectivamente en la esfera pública como lo recuerda el movimiento bastante reconocido de las “Madres de la plaza de Mayo” parece tener aún muchas verdades en la sombra. El antropólogo que hablaba de las secreciones que producía su trabajo sobre la memoria del

período militar concluía su intervención con la esperanza de que *la secreción dejara de ser secreta para cobrar verdaderamente estado público* (Grimson. 2001)

En el caso de Colombia ha habido casos en este terreno de la ritualización otras muertes donde al parecer —y siguiendo la lógica que hemos desarrollado aquí— se ha dado la posibilidad de poner en la escena pública ese dolor y ese sufrimiento. Se trata de los asesinatos de personajes públicos dado el carácter de las víctimas, su representatividad, su existencia social. Las conmemoraciones, los entierros masivos, las “marchas” de protesta y de rechazo a la violencia son, de alguna manera, formas de ese registro público que en medio del dolor permiten la tramitación de la muerte. Aunque insuficientes es al parecer es por esta vía que el sufrimiento se ha hecho público y ha permitido algunos procesos de elaboración y de tramitación de la muerte en el país. Con todo, son insuficientes. A mas de las manifestaciones espontáneas de la sociedad lo fundamental sigue siendo el reconocimiento de los hechos por parte del Estado, de las autoridades políticas y de los diferentes actores responsables de esta producción de sufrimiento. Si no lo hacemos la sociedad colombiana seguirá “olvidando” su pasado y comprometiendo su futuro.

Llegados a este punto podemos señalar como la versión psicoanalítica del duelo individual, su condición necesaria del registro público; la versión antropológica de restituir el entramado de las memorias colectivas de dolor buscando reinstalar el sufrimiento de los otros en la esfera pública y la versión histórica del duelo social o colectivo a través de la memoria y/o el olvido, esto es, evocar para sanar y/o olvidar para reconciliarse, confluyen para mostrar *la importancia de esa inscripción pública del dolor para poder elaborar los duelos ya sea en lo individual o en lo colectivo*. Y a este registro público del dolor debe seguirle en el terreno político la posibilidad de potenciar en estas sociedades *la fuerza política de la memoria del sufrimiento* (Restrepo, 2000) solo así podrán ellas tener futuro.

Pero esta necesidad del registro público y de duelo social o colectivo se enfrenta a grandes desafíos. El mas importante es, sin duda, el de cómo enfrentar en las distintas sociedades y

en términos de la reconciliación el problema enorme de la memoria y/o el olvido. Este desafío nos lleva al cuarto y último punto.

#### **IV La Memoria y/o el Olvido ?**

El desafío que estas sociedades enfrentan frente a estas experiencias traumáticas aquel de la memoria y/o el olvido no es un desafío menor. El arrastra consigo asuntos como la verdad, la justicia, el perdón, la reconciliación. Qué y cómo recordar ? Cómo buscar la reconciliación sin verdad y sin justicia ? pero de qué lado está la verdad en una sociedad fracturada por la guerra ? A la necesidad social (y en el terreno moral) de las víctimas de *evocar para sanar* y de las sociedades re recordar (o de olvidar) para reconciliarse, se le suma también la necesidad de comprender como estas experiencias traumáticas comprometen no solo el pasado al quedar "atrapadas" en la memoria de las sociedades sino también su futuro en tanto ellas son la "materia prima" de la memoria colectiva de la sociedad. Y ya sabemos de la ligazón estrecha entre la memoria colectiva de una sociedad y sus proyectos de futuro. La colectividad necesita un pasado para asegurarse que es la misma de siempre y poder estar interesada en hacer algo con vistas al futuro. Los proyectos se hacen de memorias, los proyectos son la resonancia de un trayecto (Fernández Chisthiel, 199 ). La memoria colectiva no se ejerce mas que re-ligada a un pasado concreto, en un campo simbólico determinado, que modela el pasado y lo religa a las experiencias del presente y a las aspiraciones de futuro (Baczko, 1984)

Enfrentar este desafío esta obligando a los gobiernos y a la autoridades políticas de distintas sociedades al reconocimiento de los hechos (a su registro público) y a la conmemoración histórica de algunos de esos acontecimientos. En segundo lugar está jalonando la creación de comisiones y tribunales capaces de hacer escuchar las voces de las víctimas. Ellas empiezan a concretar sus demandas en la aceptación de una legislación de corte internacional para delitos considerados de lesa humanidad o para crímenes de guerra que aparece como una voz de esperanza. Varias de esta sociedades que mencionamos cuentan con comités o tribunales de justicia. A los ya constituidos en años anteriores se suman otros constituidos en países de conflictividad reciente como Ruanda y los Balcanes.



Y, finalmente, en el terreno académico esta conduciendo a jalonar la reflexión. En efecto, los analistas sociales de esta y otras sociedades estamos en la obligación moral, social y política de pensar estos procesos traumáticos de los fenómenos sociales en las sociedades contemporáneas. Una de estas reflexiones tiene que ver por supuesto con el problema de la memoria y el olvido.

La memoria (expresada en el recuerdo y la palabra) - como mecanismos a partir de los cuales evocar para sanar- parece imponerse entre los investigadores. En efecto son varios los autores que rescatan el papel fundamental de la memoria y el recuerdo. La narración del trauma, dice Rogers<sup>30</sup>, facilita el proceso de elaboración y recuperación de los acontecimientos traumáticos. Las experiencias aterradoras se pueden integrar en las historias de vida como una manera de aportar una redención colectiva e individual además de dar fortaleza y capacidad de recuperación. Parece ser cierto, en todo caso, que ignorar el pasado solo puede agravar el problema y más bien es cierto que las personas pueden reinventarse después de la narración.

Otro de los autores que se afianza en la memoria es Metz<sup>31</sup> quien sostiene que frente a las experiencias traumáticas “es inhumana la propuesta de olvidar [(...) ya que ] sin la memoria del sufrimiento el futuro deviene cada vez más frágil”. La tarea es, dice Metz construir una cultura de la memoria que mantenga vivo el recuerdo de tantos muertos víctimas de la violencia como acontecimiento histórico y hacer gala de símbolos, y ritos de conmemoración para conjurar y derrotar el olvido.

Sin embargo se escuchan voces encontradas frente a los beneficios de la memoria. No porque no haya necesidad de recordar sino porque la relación que el recuerdo establece con el olvido no es de oposición exactamente. Y de cualquier forma frente a estos dramas

---

<sup>30</sup> K. L. Roger. “The individual made collective: trauma narratives and the redemptive experience”. Citado por: Coetzee. *Narrando el trauma*.....Op.cit. p. 33

<sup>31</sup> Johann Baptiste Metz. *Por una cultura de la memoria*. Barcelona Anthropos 1999. Citado por Beatriz Restrepo. *Justicia a los muertos*.....Op cit. P. 8

humanos y de alguna manera contemporáneos del dolor esta relación no está aun muy claramente definida.

En este terreno dos autores se pronuncian. El primero Jesús Martín Barbero para quien olvidar solo es posible después de recordar. Con esa expresión Martín Barbero señalaba como la memoria es mas bien tensión no resuelta entre recuerdo y olvido. La memoria esta hecha de una temporalidad inconclusa. Ella es activadora del pasado y reserva/semilla de futuro. Por eso sin memoria no hay futuro y el que no recuerda esta condenado a la repetición. En el caso colombiano es preciso –continua Martín Barbero- investigar la densidad simbólica de nuestros olvidos, es decir, darnos la posibilidad de mirarnos unos a otros y entrelazar memorias. En la secreta relación entre imagen y desaparición se juega la posibilidad del duelo sin el cual este país no podrá tener paz. Pues la desproporción de nuestra violencia quizá sea paradójicamente proporcional a nuestra incapacidad de duelo.

Otro autor que cuestiona el papel de la memoria sin el olvido es Todorov quien advierte sobre el uso totalitario de la memoria y sobre sus peligros para señalar como el elogio incondicional de la memoria se vuelve problemático. Señala como debemos tener viva la memoria del pasado pero no para demandar reparación por la ofensa sufrida sino para estar alerta sobre situaciones nuevas y sin embargo análogas<sup>32</sup>. No hay -señala- verdadera oposición entre la memoria y el olvido. En el caso del duelo concretamente en relación a la memoria señala como en un primer tiempo nos negamos a aceptar la realidad de la pérdida que venimos de sufrir pero progresivamente y sin dejar de querer al muerto modificamos el *status* de las imágenes que le son amarradas y un cierto alejamiento viene a atenuar el dolor.

Es preciso entonces reflexionar sobre el pasado y encararlo sin caer en el culto obsesivo de la memoria<sup>33</sup>. Recordamos porque el pasado constituye realmente el fondo de nuestra identidad. Sin ella nos sentimos amenazados y paralizados. Pero también olvidamos por

---

<sup>32</sup> Tzvetan Todorov. La mémoire et ses abus. *ESPRIT* Nro. 193. Paris 1993.

<sup>33</sup> Tzvetan Todorov. *Después del horror la memoria y el olvido*. Correo de la UNESCO. Op. Cit. P. 18. .

necesidad. No podemos, ni sabríamos recordarlo todo. Para concluir como aquellos que por una u otra razón conocen el horror del pasado tienen el deber de levantar la voz contra otro horror presente aunque este situado a miles de kilómetros de ellos. Lejos de quedarse prisioneros del pasado nosotros lo habremos puesto al servicio del presente como la memoria – y el olvido- deben ponerse al servicio de la justicia (Todorov, 1993).

### **Para Terminar.....**

Esas experiencias traumáticas exigen en Colombia —al igual que en otras latitudes— trabajar al menos desde tres frentes:

1. El primero desde la asistencia directa y oportuna a las víctimas de la guerra en sus necesidades más inmediatas.
2. El segundo desde el trabajo de diversas organizaciones civiles que convoquen a las autoridades políticas a ese reconocimiento público del sufrimiento de las víctimas, al rescate de la memoria, a jalonar procesos de duelo colectivo y de recuperación moral de las víctimas (Naranjo, 2000)
3. El tercero desde el trabajo de analistas sociales cuyas reflexiones puedan “ponerle pensamiento” a la barbarie en el solo propósito de que las sociedades se conozcan a sí mismas y se evite el peligro aquel de que “quien no conoce la historia está condenado a repetirla”.

En Colombia hoy debemos hacer el esfuerzo por —como lo señalo recientemente William Ospina— “...pronunciar el conjuro, convertir los recuerdos privados en múltiple memoria compartida”<sup>34</sup>. Es preciso desde la academia, dilucidar a más del carácter y/o la naturaleza de la confrontación, de sus alcances y de sus propósitos o sus fines políticos asuntos de orden más inmediato, más humano y más práctico como la importancia de construir y rescatar las memorias colectivas; de pensar el problema del dolor y el sufrimiento humanos en la guerra y de empezar a pensar en el futuro de estas sociedades.

---

<sup>34</sup> William Ospina. *Colombia en el planeta*. Secretaria de educación y cultura. Gobernación de Antioquia. Medellín, Antioquia (s.f)

La tarea es enorme y nos espera: Perdón ? Olvido ? Silencio ? Verdad ? Memoria? Reconciliación ? Aún no lo sabemos pero pensar en alternativas para enfrentar este exceso de dolor y de muerte; pensar en *estrategias de elaboración del duelo social* es, en países como Colombia y en sociedades de otras latitudes pero igualmente atravesadas por la guerra, la única esperanza que nos queda para enfrentar el futuro, o mejor aún, para tener uno. Porque como lo recordaba Todorov:

*El mal sufrido debe inscribirse en la memoria colectiva, pero para dar una nueva oportunidad al porvenir.*

